

CONFERENCIA VIII

ELEVACIÓN DEL ESPÍRITU SOBRE LA NATURALEZA SENSIBLE,
Ó LA CASTIDAD

1. **La libertad del espíritu solamente se logra con la castidad.**—Con el desasimiento de los bienes terrenos, da un gran paso en el camino de la libertad y de la educación del hombre. Pero no es más que un primer paso. La tarea de que aquí se trata es tan múltiple y tan complicada, que, para llenarla cumplidamente, necesario es dar aún otros pasos que piden esfuerzos mucho mayores, y mucho más tiempo.

Hemos dicho que el amor á las riquezas es de todos los vicios el más extraño al hombre, porque su objeto hállase fuera de su naturaleza. Pór el contrario, todos sus demás defectos, son defectos íntimos, en el sentido de que no forman, por decirlo así, más que uno con su naturaleza, por lo menos en el triste estado en que ésta se halla actualmente.

Si, pues, esa enfermedad que la penetró del exterior, adquiere tan fuertes raíces, y causa tales daños, fácil es comprender qué trabajo le costará curar esas deformidades interiores del alma.

«Examinemos al hombre;—dice Platón—⁽¹⁾ nos causará la impresión de esos monstruos fabulosos de que hablan los poetas, la Quimera, Scilla, Cerbero, y que están compuestos con los animales más diversos. Ciertamente, es hombre por ciertos aspectos; más también por algunos, participa de león, de serpiente y de otros animales. Y es difícil decir cuál de esos caracteres sobresale en él. De ahí proviene el

(1) Plato, *Rep.*, 9, p. 588, c. y sig.

poder que la cólera, la astucia, el disimulo, el humor querrelloso, la intemperancia, la pereza, la molicie y el placer de los sentidos ejercen en él».

Cuanto más tales instintos dignos de los animales salvajes se hallan íntimamente unidos á nuestra naturaleza, cuanto más penetran sus más secretas fibras, tanto más difíciles son de someter y purificar.

Mas entre todos los vicios enumerados, ninguno tan profundamente arraigado como el que no forma sino uno con nuestra carne y nuestra sangre. Por eso, tampoco hay ninguno que trastorne al hombre tan hondamente, que tan por entero se apodere de él, que le encadene al mismo objeto, y haga de él tan vil esclavo.

Para alguno, inútil fuera, pues, poner mano á la obra de su libertad espiritual, si no hiciera cuanto pudiese para librarse de las ligaduras del placer sensual.

Sobre este asunto, no cabe hablar con sobrada gravedad y circunspección. Para quien conoce al hombre y la vida real, todas las palabras de madurez intelectual, de dominio personal, es hablar al aire. Mientras no se halle seguro de que toda la vida espiritual de que alguien se alaba se apoya en severo ascetismo, debe oír tales fanfarronadas con la mayor desconfianza. Porque si se supiera qué fuerza se necesita desarrollar en tal combate, y si, por otra parte, se conociese la debilidad de la naturaleza y los peligros incessantes, á los cuales hállase uno expuesto, no habría ganas de pronunciar esos vacíos é irreflexivos discursos.

Quien conozca al hombre, manifestará que no se requieren pruebas en favor de la verdad del principio de que no se da espíritu libre, ni carácter completo, mientras el primero no se halle libre del dominio de la carne, y no se haya templado el segundo en las luchas contra la naturaleza sensible.

2. **Errores acerca de ese asunto.**—Por cierta que sea esa verdad, hállase, no obstante, en el número de aquellas que cuesta muchísimo hacer que se las admita.

Por una parte, tiene á la naturaleza corrompida como

enemigo irreconciliable; y no hay nadie que no sepa lo que eso quiere decir.

Como si no bastase que ese enemigo hiciese sentir á cada cual su poder en secreto, la vida pública está de su parte para aumentar los atractivos de la sensualidad, mediante el poder de la seducción y del ejemplo.

Finalmente, para que nada falte, el espíritu mismo hállase al servicio de esa pasión tan astuta como ávida de dominación, y despliega toda su fuerza para demostrar que sus exigencias son justas, inevitables, naturales, que solamente la docilidad con respecto á ella hace posible la verdadera inteligencia de lo bello y de la vida digna del hombre. Si se pusieran de un lado todas las producciones literarias que predicán esa sabiduría carnal, y en frente las otras, asombraríase uno de la pequeñez del número de aquellos que tienen valor para romper la más vergonzosa de todas las cadenas.

Por otra parte, necesario es luchar contra las exageraciones que no sólo comprometen la verdad, sino que finalmente abandonan á sí misma la sensualidad, bien que la condenen y dejen libre curso á sus más desenfrenados instintos.

Hemos ya mencionado antes de ahora, ⁽¹⁾ que en la antigüedad una escuela entera de místicos, muy espiritualistas en apariencia, hacía derivar el mal del destierro en esta vida terrestre, y consideraba el pecado como no siendo otra cosa mas que el lazo que ata el alma al cuerpo. De ahí la expresión tan popular de Platón, de que el cuerpo es el calabozo, la tumba del alma, ⁽²⁾ expresión que, hasta cierto punto, puede ser exacta, ⁽³⁾ y que, por lo que parece, fué entendida por este filósofo en un sentido que no es el peor.

(1) V. *supra*, I, Apéndice, 5.

(2) Plato, *Phædr.*, c. 6, p. 62, 6; c. 11, p. 66, 6. *Cratylus*, c. 17, 400. b.

(3) Cf. Sap. IX, 15. Rom., VII, 24. *Carnis ergastulum* en el *Oratio de S. Benedicto* y en el himno de Santo Domingo (Mone, *Hymni lat.*, III, 270); igualmente, *carnis vinculum* (ibid., III, 230), ó *carcer* (Bernard. *In Ps. XC*; Sermo 8, 6). Agustín no aprueba tales expresiones, porque fácilmente podrían los herejes interpretarlas en pro de su doctrina.

Mas lo que él no dedujo lógicamente con claridad, hicieronlo otros. Filón, como ya hemos visto, ⁽¹⁾ fué bastante lejos en ese camino. Epicteto, y como es muy natural, su fiel discípulo Marco Aurelio, fueron todavía más lejos. Ambos miran al cuerpo como carga que el alma apenas puede llevar, ⁽²⁾ hasta como un cadáver al cual se halla sujeta. ⁽³⁾ Pero los neoplatónicos llegan hasta pretender que la materia es el mal, aun no siendo el primer mal. ⁽⁴⁾ Y según eso, enseñan que el alma es siempre pura, con tal que aleje de sí cuanto posible sea la materia, único asiento del mal. ⁽⁵⁾

Así comprendemos los groseros errores que, en distintas épocas, hanse deslizado en el Cristianismo. ⁽⁶⁾

Ya los antiguos Padres veíanse obligados á luchar contra el error, renovado por Flacio Ilirico, de que el pecado es la naturaleza, aun la esencia del hombre, es decir, la naturaleza sensible, ⁽⁷⁾ ó, como una herejía más reciente dice, la inclinación á la sensualidad que en nosotros reina. ⁽⁸⁾

De aquí, que otros hayan sacado la conclusión que se imponía, á saber, que no hay para qué inquietarse por los instintos sensuales, sino que se puede dejar que sigan sin temor su camino, puesto que nada hay que hacer contra la naturaleza. ⁽⁹⁾

3. La castidad en el mundo.—Ante todo esto, no nos

(1) V. Conf. I, Apéndice, 5.

(2) Epictet., *Diss.*, 4, 1, 100; 1, 9, 12; Marc. Aurel., 3, 3; 9, 3.

(3) Epictet., *Fragm.*, 176. Marc. Aurel., 4, 41.

(4) Plotin., *Enn.*, 1, 8, 4 (ed. Didot, 42, 1); 1, 8, 5 (43, 16).

(5) Plotin., *Enn.*, 1, 8, 4: Ἡ τελεία καὶ πρὸς νοῦν νεύουσα ψυχὴ αἰεὶ καθαρὰ, καὶ ὅλην ἀπέστραπται καὶ... κακὸν οὔτε ὁρᾷ οὔτε πελάζει· καθαρὰ οὖν μένει ὀρισθεῖσα νῶ πάντεσσιν.

(6) Esta expresión debe entenderse, no respecto de la Iglesia, sino de algunos cristianos.—N. del T.

(7) Petr. Chrysolog., *Sermo* 111; Peccatum natura est an substantia? Nec natura, nec substantia est, sed accidens.—Non ergo peccatum verum est in naturam (Migne, *Patr. lat.*, 52, 505, c; 506, c). Greg. Nyss., *Adv. Eunom.*, 2: Ἡ ψυχὴ ἀμαρτία οὐκ ἔστιν ἀλλὰ δεκτικὴ ἀμαρτίας ἐξ ἀβουλίας ἐγένετο (Migne, *Patr. gr.*, 45, 545 d).

(8) Conc. Trident., *Sess.* 5, 5; Denzinger, *Enchiridion*, n.º 627, 930, 931, 954, 955, 956; Gotti, *Theol.*, VI, 264 y sig., 267 y sig.

(9) Denzinger, *Enchiridion*, n.º 1128, 1129, 1133, 1134-1140; Terzago, *Theol. hist. myst.*, 131 y sig., 137 y sig.

sorprende el ver que los antiguos tiempos, que precedieron al Cristianismo, nos ofrezcan tan escasos ejemplos, y ejemplos tan imperfectos, relativamente á la elevación del espíritu sobre la esclavitud de la carne.

En suma, debemos reconocer que la antigüedad tuvo como imposible la ruptura de las cadenas de la sensualidad, y podemos decir que se sometió á esa esclavitud, no solamente de buen grado, sino hasta con alegría. ⁽¹⁾

Al hablar así, no pretendemos, sin embargo, negar que el antiguo mundo haya igualmente salvado, desde este punto de vista, el honor de la humanidad con algunos nobles ejemplos. Cuando en él no hubiera sino el honor prestado á las vestales, sería ya hermoso testimonio en su favor.

La sabiduría política romana había confiado á unas vírgenes la seguridad del Estado. ⁽²⁾ Hallábanse encargadas de velar por la prenda de la salvación pública, ⁽³⁾ el paladium, del cual dependía—creíase—la suerte del Estado. ⁽⁴⁾ Toda violencia ejercida contra una de aquellas vírgenes tenía como una amenaza de ruina general, que se creía no poder conjurarse como no fuera mediante los mayores sacrificios. ⁽⁵⁾

Por eso gozaban de los más grandes honores que el Estado podía concederles. Su dignidad mirábase como muy santa é inviolable. ⁽⁶⁾ El cónsul mismo cedía el paso, y sus lictores bajaban sus haces ante ellas. ⁽⁷⁾ Toda falta cometida contra ellas castigábase con pena de muerte. ⁽⁸⁾ Si tropezaban con un criminal llevado al suplicio, quedaba en el acto perdonado. ⁽⁹⁾ Hasta disfrutaban del derecho de comparecer ante los severos tribunales romanos, para in-

(1) Aristot., *Ethic.*, 7, 14, 2. Terent., *Andr.*, I, 1, 50 y sig. Séneca, *Octavia*, 2, 426 y sig.

(2) Cicero, *Pro Fonteio*, 20. Symmachi, *Relatio ad Imperat.*, n.º 11 (Ambros., *Opp.*, Migne, *P. lat.*, 16, 1010, b).

(3) Cicero, *Philipp.*, XI, 10.

(4) Livius, XXVI, 27.

(5) Livius, XXII, 57. Plutarch., *Quest. roman.*, 83.

(6) Cicero, *Pro domo*, 53. Livius, I, 20.

(7) Séneca Rhet., *Excerpta controvers.*, VI, 8.

(8) Plutarch., *Numa*, X, 6.

(9) *Ibid.*, X, 5.

terceder en favor de los culpables; y los jueces respetaban su petición. ⁽¹⁾

Esa institución es precisamente la que mejor nos hace ver en qué punto se hallaban relativamente á la virtud de la pureza en la antigüedad.

El mundo hacía gran ruido en torno de seis sacerdotisas de Vesta, que debían guardar la virginidad de diez á cuarenta años, y que luego podían casarse. Prueba que tal cosa era por lo común inaudita ó inimaginable.

Á pesar de los grandes honores de que las vestales se veían rodeadas, y de los soberbios medios de existencia puestos á disposición suya, su condición inspiraba horror. Raro era que voluntariamente se diera una joven para llenar tales funciones. El privilegio que el gran pontífice tenía de poder escogerlas en donde bien le pareciese, en cualquiera familia, mirábase como un poder arbitrario terrible. Y no cabe duda que para él fuese buena ocasión para enriquecerse, pues que las familias que podían rescatábase de tal honor mediante crecida suma. ⁽²⁾ Si no se hubiera dado entre los romanos la consideración del bien del Estado que se imponía á todo, la institución no hubiera subsistido mucho tiempo.

Por lo tanto, aun en los contados casos en que la virginidad se practicaba en la antigüedad, era un sacrificio arrancado por el miedo, ó por la necesidad, soportado con pesar, gimiendo, con muda resignación ú orgullosa jactancia, suerte sin valor, mas no una virtud.

¡Qué dolorosa impresión experimentamos, al oír á Sófocles ⁽³⁾ y á Eurípides ⁽⁴⁾ decirnos cómo jóvenes que se sacrifican á una causa grande y santa, llenan en tal momento el espacio con sus quejas, inconsolables por bajar al sepulcro sin haber conocido los goces del himeneo!

(1) Tacit., *Annal.*, XI, 32; *Hist.*, III, 81. Sueton., *Cæsar*, I.

(2) Niebuhr, *Römische Alterthümer*, 424 y sig.

(3) Sophocles, *Antigone*, 810 y sig., 876, 891 y sig., 905 y sig., 916 y sig. Cf. Soph., *Fragm.*, 293, 403 (Ahrens).

(4) Euripides, *Iphig. Aul.*, 1218, 1224, 1342, 1399. Cf. *Alcestis*, 177 y sig., 187 y sig.

Pues bien, ahí está la expresión exacta de las ideas del mundo. No haremos especial reproche á la antigüedad, porque nuestra época no tiene sentimientos mucho más nobles. Actualmente, hallámonos precisamente en donde se hallaban la mayor parte de los pueblos antes de Jesucristo, ó más bien, para decirlo con mayor exactitud, nos hallamos todavía más abajo. En realidad, la antigüedad no conoce más que un puesto y un fin para el hombre; el matrimonio. Pero, al proceder así, hallábase guiada á lo menos por más elevadas miras: las necesidades del Estado. Nuestra época, por el contrario, piensa en eso en último lugar, cuando afirma que el hombre no ocupa su puesto aquí bajo como no sea en el estado de matrimonio. Al hablar así, no piensa mas que en la sensualidad.

No por consideraciones políticas como entre los antiguos, sino por los más bajos motivos, la más amable de todas las virtudes ha se tornado actualmente una vergüenza. Porque ¿quién todavía la estima? ¿Cuántas jóvenes cristianas prefieren á todo otro título el de vírgenes, que antes era mirado como un título honorífico? ¿Acaso la mayor parte de ellas no se sonreirían, ó no protestarían, si se les diese ese nombre?

4. La castidad como virtud natural.—He ahí á dónde hemos llegado.

Por eso hácese necesario hablar de esa virtud con toda la estima que merece. Decimos *virtud*, porque tan sólo hablamos de la castidad como virtud.

Toda continencia no es virtud. El viejo célibe renuncia también al matrimonio. Pero, prescindiendo de que el mundo no cree en su continencia, goza de mala reputación, tan sólo porque se atribuye su soledad al amor del goce y del egoísmo, principalmente á su mal humor y su aversión por los sacrificios que la vida común lleva consigo. Si tal es el motivo de su aislamiento buscado, no cabe duda de que nada tenemos que hacer aquí con la virtud.

Lo mismo sucede, si se practica la continencia á causa

de la situación que se ocupa, como dice Goethe, ⁽¹⁾ ó según el consejo de Fichte, tan solamente por sentimiento de honor. ⁽²⁾ Practicar una virtud únicamente por el honor, significa sencillamente desterrar la virtud. ¡No se puede, sin embargo, practicar la virtud por orgullo! ¡No sería obrar mal para que resultase bien? ⁽³⁾ ¡No significaría eso justificar el fin por los medios? ¡Acaso no significaría eso arrojar á Satán por Belcebú? ⁽⁴⁾

Aquí es en donde se ve una vez más el desinterés tan alabado y la sublimidad de la moral incrédula.

No, en parte alguna la moral libre es tan impotente como en este terreno. Nada hay ante lo cual el honor se calle tan pronto como ante la voz de la sensualidad. Ninguna inclinación halla tan fácilmente recurso para guardar las apariencias exteriores, como los malvados placeres del corazón. Si la pureza moral no tiene más perfección que la guarda de las apariencias, no tiene de qué alabarse. ¡Cuántos seres humanos son como sepulcros blanqueados por fuera! ¡Pero qué conjunto de podredumbre el ojo de Dios, que lo ve todo, contempla bajo esas brillantes superficies!

Sin embargo, no intentamos negar que haya igualmente poderosa razón natural para guardar la castidad. Desde este punto de vista, también debemos vengar el honor desconocido y ultrajado de la naturaleza. Pero debemos añadir en seguida que aun tal motivo no tiene valor sino en cuanto es entendido desde el punto de vista religioso, y sostenido por consideraciones religiosas. Nadie negará que la conservación de la pureza del corazón cuesta esfuerzos contra sí mismo, en una palabra, sacrificios.

Luego, desde el punto de vista natural, no hay más que un solo motivo bastante poderoso para conservar intacta la castidad: el espíritu de sacrificio. Precisamente por ser

(1) Eckermann, *Gespräche mit Goethe* (Moldenhauer, III, 48 y sig.).

(2) J. G. Fichte, *Staatslehre*, G. W. IV, 477 y sig.

(3) Rom., III, 8.

(4) Matth., XII, 24.

tan raro y tan endeble, se ve tan poco practicada la castidad. Y por vergüenza en confesar la ausencia de espíritu de sacrificio, invéntanse tantas razones dirigidas á probar que no es posible conservar la castidad, que hasta eso es contra natura.

Mas esos motivos que se pretende hacer que valgan contra ella, son ya despreciables desde el mero punto de vista de la razón natural, porque su falta de sinceridad no engaña á nadie. La verdadera razón porque se combate la castidad, está en que no se puede hacer el sacrificio de sí mismo, y que no se quiere declarar tal debilidad.

Mas, teniendo en cuenta la gracia de Dios, que aparece justamente en el hombre débil, danse siempre y por doquiera ejemplos que demuestran que se puede vivir en espíritu de sacrificio y en la continencia. ¿Quién ignora que muchas chozas y buhardillas cobijan nobles almas? Pudieran éstas gozar de su independenciamas, para no privar á parientes ancianos, y con frecuencia maniáticos, de los socorros y de los consuelos que necesitan, renuncian á los goces de la vida, y prefieren quedar ellas mismas sin consuelos, sin sostén, sin saber lo que llegarán á ser más adelante.

Es este uno de los más hermosos sacrificios que sea dado hacer. He ahí lo que se llama virtud real y virtud natural. Pues, ¿quién negará que la razón que les mueve á obrar así sea verdaderamente natural?

¿Quién, pues, negaría su estimación á tales personas?

Entonces, ¿cómo es que, á pesar de eso, pretende siempre el mundo que la virginidad es contra natura é imposible de guardar? ¿No confiesa él así que, aun desde el punto de vista de su convicción, los motivos naturales más nobles no bastan por sí solos, sin el apoyo de los motivos religiosos para hacer ese sacrificio de persistente manera y con alegría, es decir, no por fuerza, sino por convicción íntima, por virtud?

5. La castidad como virtud sobrenatural.—Sí, así

es. La castidad, en sí misma, no es virtud sobrenatural. Está ya prescrita al hombre por la ley natural. Hasta le es posible el practicarla. Para eso bastan la razón, la conciencia, la voluntad libre.

Mas en parte alguna la corrupción, que penetró en el hombre á causa del pecado, no se dejó sentir tan fuertemente como aquí.

De esta suerte, tocamos el punto más sensible del hombre hasta el extremo de que, más que cualquiera otra cosa, demuestra que nuestra naturaleza no pudo salir de manos del Criador tal como hoy se encuentra.

Hay en el hombre, tal como es, es decir, en el hombre caído, una pasión que tiene terrible violencia, ⁽¹⁾ que toca en la locura, un instinto animal repugnante, por no decir bestia salvaje, ⁽²⁾ un fuego que hierbe en él, como si pretendiese devorar el alma misma, ⁽³⁾ un hervor de sangre, una especie de fiebre, ⁽⁴⁾ digamos una llaga siempre abierta en la naturaleza, ⁽⁵⁾ merced á la cual ejerce el pecado inmensos daños en la humanidad. ⁽⁶⁾

Tal inclinación es causa de la más profunda confusión para el hombre, ⁽⁷⁾ porque éste jamás puede dominar á la naturaleza, ni aun allí en donde quisiera tenerla bajo severa disciplina, hasta el punto de que, según las palabras del Apóstol, no le haga sentir ella las aficciones de la carne, los pesares del corazón y los tormentos de la conciencia. ⁽⁸⁾ Es una inclinación grosera que puede arrastrar al hombre, si una vez la obedece, hasta envidiar la vida y la dicha de los animales, y hasta sacrificar la inteligencia,

(1) Plato, *Rep.*, 3, 403, a; *Tim.*, p. 86, c; *Phædr.*, 24, p. 238, a. Aristot., *Rhetor.*, 1, 11, 5; *Eth.*, 7, 11 (12), 4. Augustin., *C. Julian.*, 4, 14, 71; *Civ. Dei*, 14, 16.

(2) Odo Cluniac., *Collat.*, 2, 12.

(3) Gregor. Magn., *Mor.*, 21, 19.

(4) Augustin., *C. Julian.*, 4, 10, 56; *Sermo*, 5, 10.

(5) Augustin., *C. Julian.*, 3, 26, 59.

(6) Augustin., *Peccat. mer. et rem.*, 1, 16, 21; *Nat. et grat.*, 67, 81. Gotti, *Theolog. schol. dogm.*, VI, 166 y sig.

(7) Augustin., *Civ. Dei*, 14, 18.

(8) I Cor., VII, 28.